

MCPHEE, P.: *Robespierre. Una vida revolucionaria*, Barcelona, Península, 2012, 462 pp.

“¿Hizo bien Danton siendo un ladrón? – gritó con voz de trueno y expresión feroz – (...) En una palabra, señorita – terminó, acercándose a ella con ademán terrible –: el hombre que quiere desterrar la ignorancia y el crimen de la tierra, ¿debe pasar haciendo estragos, como las tempestades, causando desgracias, como la fatalidad?” (Julian a Matilde en *Rojo y Negro* de Stendhal¹⁵)

En 1819 el *muscadin* Benjamin Constant expuso ante el Ateneo de París su célebre discurso en el que, al hilo de su dudosa distinción entre una libertad “de los antiguos” y una “de los modernos”, concluía que “por no haber advertido estas diferencias unos hombres, bien intencionados por otra parte, habían causado infinitos males durante nuestra larga y tempestuosa revolución” (no olvida añadir que tales hombres bienintencionados se inspiraron en Rousseau, Mably, etc.). La referencia al proyecto democrático-republicano del gobierno jacobino es más que evidente, pero sobre todo la referencia a Maximilien Robespierre, lector entusiasta de Rousseau y Mably. Así, el mito de Robespierre, *buveur de sang*, el que causa “infinitos males”, el que pasa “haciendo estragos, como las tempestades”, recorría ya el imaginario político pocos años después de su asesinato, y lo hacía bajo la forma de una nada inocente acusación en boca del conocido demófono: la de querer implantar las *virtudes republicanas* de los antiguos.

Han pasado más de dos siglos desde que el revolucionario francés fuera guillotinado junto a una veintena de jacobinos, precisamente por aquellos mismos que con tanto empecinamiento le acusaron a él de “oxidar” la guillotina por “excesivo uso”¹⁶. Su turbulenta muerte, no exenta de cierto morbo – pasó diecisiete horas desde que recibió un disparo que le arrancó media mandíbula hasta que su cabeza rodara ante la sádica vista de las multitudes parisinas que tanto le habían aclamado –, fue la ocasión para iniciar un proceso de construcción mitológica quizás sólo comparable a las leyendas negras que se fabricaron en torno a las figuras de personajes *malditos* como Maquiavelo, Spinoza o Marx. Tómese, como buenos ejemplos de los innumerables que podríamos poner, *La muerte de Danton* de G. Büchner, o los sondeos de opinión franceses sobre la Revolución (del año 1989) en los que Robespierre era el personaje que más animadversión causaba. Por eso, en primer lugar, nos vemos obligados a señalar como una elogiada virtud de la biografía que aquí se presenta el contribuir a triturar el ejército de tópicos y prejuicios que rodean, como una eterna sombra, la figura de Robespierre. Todo ello sin “pintarle de rosa”: se recogen en numerosas ocasiones críticas severas (el asunto de los derechos de las mujeres o algunas medidas de excepción)

Peter McPhee ha sido catedrático de Historia en la Universidad de Melbourne y ha contribuido de forma consistente a la investigación del período de la Revolución francesa. Podemos destacar *A social history of France, 1780-1880* (1992), o *Revolution and*

¹⁵ Stendhal, *Rojo y negro*, Madrid, Talleres Gráficos Montaña, 1971, p. 286.

¹⁶ Paradoja que, como bien ha expresado Florence Gauthier, parece olvidarse con sospechosa frecuencia: “Thermidor no es una salida del terror, sino su continuación con otros protagonistas, con otros vencedores y con otros vencidos, un cambio de proyecto político y no un cambio de medios políticos” (F. Gauthier, introducción a M. Robespierre, *Por la felicidad y por la libertad: discursos*, Barcelona, El Viejo Topo, 2005) Para citar los discursos seguiré el procedimiento de citar sólo por fecha.

Environment in Southern France, 1780-1830 (1999). Pero quizás su labor más loable en este sentido sea su breve pero intensísima obra *La revolución francesa, 1789-1799. Una nueva historia* (2002), traducida y editada en castellano en la editorial Crítica al año siguiente de su publicación original. No es poca cosa decir de esta publicación que asesta una fina estocada a las lecturas revisionistas y “minimalistas” (Furet, Gueniffey, Schama) que impregnadas de un espíritu de propaganda del bloque occidental ya pasado 1989 – ese mismo espíritu que atraviesa de forma vergonzosa el film de A. Wajda titulado *Danton* –, comenzaron a buscar en Robespierre y el período jacobino (1793-94) unas políticas proto-estalinistas o totalitarias¹⁷.

El ensayo se presenta así con intencionalidad disruptiva desde su inicio. La primera dificultad a batir consiste en esquivar teleologías que reafirmen los tópicos: “resulta tentador (y tal vez inevitable) construir esa vida como si sus diferentes etapas se hubieran ordenado a todas luces como peldaños, en lugar de ser encuentros con circunstancias que escapaban al control del biografiado y planteaban decisiones cuyas consecuencias resultaban imposibles de determinar (...) [la vida de Robespierre] se releyó en sentido inverso y se presentó como una trayectoria inexorable hacia la tiranía y la guillotina” (pp. 22-23). Durante toda la obra, escrita con la cristalina claridad – que la traducción ha respetado¹⁸ – de ese *estilo anglosajón* que tiende a la simplificación pero con una bibliografía apabullante (100 páginas de notas), se presentará a un Robespierre que generó reacciones entusiastas y polarizadas. El autor ha destacado como novedoso en su contribución el no haber cosificado a Robespierre en unos “principios racionales”, sino conjugar una visión de su vida privada (de la que disponemos de pocos documentos especialmente en sus primeros treinta años) con su vida pública (once volúmenes de obras completas), en un alegato por la contingencia por el que puede verse a Maximilien como un joven atravesado por la incertidumbre ante unas circunstancias incontrolables y enfermando constantemente por el abismal esfuerzo que suponía su trabajo. Los primeros cuatro capítulos están dedicados a los treinta años de vida familiar, escolarización y trabajo en los que se forjaron unos valores que luego incorporaría en su participación en la Revolución (Cfr.p.26). Los otros ocho capítulos analizarán la trayectoria del revolucionario a través de una narración de los hechos, de sus discursos e intervenciones públicas, y de las diversas opiniones que fue generando como personaje público.

Robespierre nació en 1758 en la ciudad-provincia de Arrás. Desde el primer momento destacó por sus virtudes intelectuales y fue becado para estudiar en la escuela más prestigiosa del país, el Liceo Louis-le-Grand de París (allí sufrió el odio de su “prefecto” el abate Proyart, al cual debemos la cínica obra *Vida y delitos de Robespierre* de la que surgirían muchos de los prejuicios anti-robosperrianos que el autor jugará a contrastar con el Robespierre de las memorias de su hermana Charlotte). En el Liceo estableció un contacto que le marcaría profundamente: leyó a los clásicos republicanos de la Roma Antigua (Cicerón, Plutarco, Tácito, etc.), pero especialmente leyó a J.J. Rousseau, del que tomaría gran parte de su pensamiento político.

¹⁷ Sobre la importancia de la revolución francesa frente a las lecturas revisionistas que subestiman su potencial transformador es de una exposición más que brillante el capítulo final “La trascendencia de la revolución” (P. McPhee, *op.cit.*, pp. 211-240) así como la lectura de Hobsbawm en *La era de la revolución*, Barcelona, Crítica, 2011.

¹⁸ Sólo debemos señalar un pequeño error de traducción: en la página 204 la famosa feminista Theroigne de Mericourt aparece como un hombre, “el republicano y defensor de los derechos humanos”.

Tras la “rebelión de los nobles” (Matthiez), y en un contexto de crisis económica (mala cosecha y bancarrota estatal por la guerra de la independencia estadounidense), Luis XVI convocó los Estados Generales para el 5 de Mayo de 1789. Robespierre aprovechó el clima de actividad de la opinión pública que generó la situación para atacar fuerte: en un panegírico al recién fallecido Mercier-Dupaty arremetió contra los privilegios de los ricos, contribuyendo a formar esa imagen de “abogado de los pobres” (Babeuf) que tanto prestigio popular le granjearía años después. En su famosa carta “A la nación artesiana...” despotricó contra los órdenes privilegiados, acusándoles de haber usurpado una soberanía que sólo yacía en el pueblo. De esta forma había expresado dos principios, estrechamente vinculados, que guiarían su acción: “los pobres merecen justicia en un mundo injusto; y debe haber representación democrática” (p. 106). En Marzo de 1789 redactó el *cahier de doléance* del gremio de trabajadores más pobres: los zapateros de Arrás, donde apuntaba ya contra el tratado de libre comercio firmado con Inglaterra en 1786. La escisión del “cuarto estado” respecto del tercero se puede registrar en los propios *cahiers de doléances*: pese a que los cuadernos del tercer estado fueran redactados en su gran mayoría por miembros más o menos privilegiados de la burguesía, algunos evidenciaban una tensión entre ambos polos (esencialmente en la cuestión de la regulación económica, sobre todo del comercio de cereales, y del control de los recursos naturales: bienes comunales, bosques, etc.). El discurso sobre las subsistencias de Robespierre le enmarca indudablemente como defensor del cuarto estado frente a unas élites que a través de los decretos de agosto (1789) y marzo (1790) no abolieron el feudalismo: “la burguesía, propietaria ya de una buena parte de la tierra, se solidariza en la defensa de los derechos sobre ésta con la propiedad feudal, en contra de los campesinos pobres y desposeídos”¹⁹. El propio Robespierre ya se vio a sí mismo en ésta época como “tribuno ambicioso y peligroso agitador del pueblo” (discurso ante el Club Jacobino de 28 de abril de 1792). La cuestión de si Robespierre era un *líder de una revolución burguesa* o no ha ocasionado multitud de escritos al respecto. Si bien no es posible constatar una clase homogénea “burguesa” con conciencia de sí y un programa político claro, lo cierto es que hubo una crítica *unificada* del *ancien régime*, varias revoluciones en lucha entre sí y una sola revolución, burguesa, finalmente vencedora. La lectura del marxismo tradicional (con ciertas vetas teleológicas) sitúa a Robespierre como líder – inconsciente o no – de esta revolución burguesa que triunfó, y la podemos encontrar en A. Matthiez o A. Soboul. Actualmente ha recibido críticas de calado historiográfico-político por autores como Labica o F. Gauthier, que han visto en la “economía popular” de Maximilien la señal de un claro anticapitalismo²⁰. En palabras de Marx y Engels, Robespierre y Saint-Just fueron “auténticos representantes de las fuerzas revolucionarias, es decir de la única clase auténticamente revolucionaria: la «masa innumerable»”.

¹⁹ A. Matthiez, *op.cit.*, p. 64. De la misma obra “la multitud de los miserables de la tierra y de los arrabales (...) se dirigió (...) contra todos aquellos que explotaban a la población y se lucraban con el trabajo de la misma (...) la burguesía acaudalada contemplaba con temor el rostro feroz del Cuarto estado” (p.85) También, del propio Maximilien: “los peligros interiores vienen de los burgueses, hay que aliarse con el pueblo” (nota personal de Robespierre a finales de mayo de 1793, citado en Labica, *op.cit.*, p. 31).

²⁰ La misma lectura sostiene Antoni Domènech en *El eclipse de la fraternidad*, obra imprescindible para entender el tercer miembro de la célebre consigna ilustrada que introdujo el propio Robespierre.

El punto culminante del alza de los precios en el s.XVIII²¹ coincide con la toma de la Bastilla el 14 de Julio, y aunque Robespierre no participó, escribió a su amigo Buissart que esos fueron “los sucesos más importantes que la historia de la humanidad puede revelar”. La actitud de Robespierre con los “disturbios” y la violencia popular fue comprensiva: pese a espantarle personalmente la violencia no podía condenar la causa del pueblo contra una opresión que había durado milenios. Sabía por la historia que los procesos revolucionarios eran intrínsecamente violentos, y todo ello sin menoscabo de que el objetivo final fuera reformar estructuralmente el país hasta que esa violencia se volviera innecesaria e ilegal (pp.123-124). El 27 de agosto se aprobaba la Declaración de los derechos humanos que precedería como prefacio a la Constitución (no fueron pocos los que consideraban a Robespierre como una encarnación de ésta: “La he considerado un cuerpo de axiomas judiciales al mismo tiempo universal, inalterable e imprescriptible, concebido para ser aplicado a toda la humanidad”).

La lucha de Robespierre es la lucha por universalizar la libertad republicana: por extender los derechos humanos y elevar a la ciudadanía a todo el *demos*. Se opuso a la exclusión de los “ciudadanos pasivos”, esas “máquinas de trabajo” (Sièyes), desde el momento en que se trazó esta distinción porque era una inconsecuencia con la Declaración del 89. El 23 de diciembre de 1789 había defendido con éxito la extensión de la ciudadanía a protestantes, judíos y comediantes, y en 1791 se enfrentó a la Asamblea Legislativa para extenderla también a los esclavos negros de las colonias (la negativa de ésta supuso la rebelión de los esclavos de Haití liderada por el jacobino T. Louverture). El debate sobre qué instancia podría declarar la guerra le hizo expresarse en contra de toda guerra que no fuera defensiva – por el peligro del *cesarismo* – y proponer armar a toda la nación en una Guardia Nacional (“a nadie le gustan los misioneros armados”). Apoyó la nacionalización de los bienes de la Iglesia y la Constitución Civil del clero sin el anticlericalismo que caracterizó a otros revolucionarios²². La fama del revolucionario era total: “Robespierre acabó siendo famoso sobre todo por identificar la amenaza encubierta que planteaban los aristócratas que fingían ser patriotas” (p.147). Sobraban las pruebas: la huida del conde de Artois en Coblenza, el papel del Papa exigiendo que no se realizara el juramento civil y su condena de la declaración de los derechos humanos, el intento de huida de Luis XVI, los diferentes juegos políticos secretos que iban saliendo a la luz y ante los cuales tuvo una clarividencia excepcional (la traición de Lafayette). El “Incorruptible” se ganó la fama de justiciero.

En estos mismos meses, cuando la Revolución aún no parecía mortalmente amenazada, Robespierre se mostró intransigente en la defensa de las libertades y derechos básicos (juicios con jurado, privacidad del correo, libertad de prensa –“la opinión pública es el único árbitro del bien general”–, abolición de la pena de muerte). Su último triunfo en la Asamblea Constituyente fue conseguir el 16 de Mayo de 1791 que los diputados que la conformaban no pudieran salir reelegidos para la Asamblea Legislativa que la iba a reemplazar. Pero ya se había transformado en un *blanco fácil*: en mayo de 1792, para protegerse, se vio obligado a fundar un periódico (el *Défenseur de la Constitution*, convertido luego en *Lettres a ses commetants*). El caso del alcalde de Étampes, Simmoneau, asesinado por una turba después

²¹ A. Soboul – *La revolución francesa*, Barcelona, Orbis, 1985, p. 32.

²² Sobre el problema religioso en Robespierre me remito, de nuevo, a G. Labica, *op.cit.*, pp. 81-100.

de que la guardia nacional se negara a obedecer su orden de disparar contra aquella, dio motivo a la Asamblea Legislativa para celebrar “la fiesta de la ley” con la consigna anti-robeperriana “libertad, igualdad, propiedad” (Soboul sitúa éste conflicto como el punto clave de ruptura entre girondinos y jacobinos). El 10 de agosto de 1792 se produce la verdadera revolución – verdadera porque buscaba poner en práctica los principios proclamados en 1789 y todavía incumplidos –, la “más hermosa que jamás haya honrado a la humanidad” dirá Robespierre (p. 203). Sin embargo la campaña para desprestigiarle parece que no conocía límites: los adversarios de Robespierre intentaron implicarle en “las matanzas de Septiembre” con pruebas falsas. Frente al tópico de un Robespierre sangriento, Louis Blanc refiere que su médico personal Souberbielle le contó que Maximilien un día gritó “¡Sangre! ¡Aún más sangre! ¡Ah! ¡Estos desdichados acabarán ahogando la revolución en sangre!” (p. 210). Los diputados girondinos seguirán usando a Robespierre como chivo expiatorio en la recién elegida Convención, acusándole ahora de buscar implantar una dictadura²³, a la vez que defendían que ya era hora de poner fin a la revolución. Le acusaron de defender “la hidra de la anarquía”, “la igualdad de hecho”, en fin, el desorden total.

El 25 de Marzo de 1793, a petición de Robespierre, se centraliza el poder ejecutivo en un gabinete de emergencia (Comité de Salud Pública), que, frente al tópico tan común del Robespierre tirano, era delegado de la Convención – ante la que tenía que rendir cuentas – y renovado mensualmente²⁴. Comenzó lo que se ha llamado la época del Terror que coincide con el proyecto de democracia social jacobina (fin *real* del feudalismo, programa nacional de bienestar de Saint-Just – lo más parecido a una “seguridad social” –, creación de bibliotecas y museos, fijación del *máximo* de precios, abolición de la esclavitud²⁵, etc.). Aunque Robespierre apoyara las medidas de excepción, McPhee nos lo presenta como una persona preocupada por controlar los excesos: intervino repetidas veces para salvar la vida de unos sesenta girondinos; aprobó una ley de libertad religiosa en plena guerra civil; no jugó especialmente el papel de censor²⁶; llegó a romper su amistad con Fouché exigiendo que rindiera cuentas de las atrocidades que cometió en Lyon junto a d’Herbois etc. Sus principios básicos los podemos encontrar en su borrador de Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano (abril de 1793) que precedió a la Constitución jacobina de ese año: “1. La finalidad de toda asociación política es el mantenimiento de los derechos naturales e imprescriptibles del hombre y el desarrollo de todas sus facultades; 2. Los principales derechos del hombre son poder subvenir a la conservación de su existencia y libertad”, donde además limitaba el derecho de propiedad, establecía el derecho de insurrección y prescribía

²³ “Nos acusan de ir hacia la dictadura, a nosotros, que no tenemos ni ejército, ni tesoro, ni cargo, ni partido; nosotros que somos intratables como la verdad, inflexibles, uniformes, he dicho casi insoportables, como los principios” (28 de octubre de 1792).

²⁴ Robespierre no dirigía o tiranizaba el Comité, de los 920 decretos que éste emitió en los cuatro últimos meses de 1793 sólo 77 llevaban su firma (p.255) y durante el controvertido mes de Pradial de los 608 emitidos, sólo 14 llevaban su firma (p.315), aunque la popularidad política le granjeó la fama de ser el que controlaba todo lo que pasó en esa época. También a petición de Robespierre se creará el Tribunal Revolucionario, si bien él mismo renunció a la propuesta que se le hizo de presidirlo por considerar que los delincuentes políticos eran enemigos personales suyos y por ello no podría ser juez y parte en la causa. A. Mattheiz, *op.cit.*, vol. II., p. 22.

²⁵ Napoleón la reinstaurará en 1802 y hasta 1848 no se eliminaría.

²⁶ La libertad de prensa no se vio censurada prácticamente nada: de 60 periódicos se pasó a 50 en París, algunos periódicos “realistas” confesados.

la obligación de la sociedad a garantizar una educación pública y a procurar trabajo a todos sus miembros o medios de subsistencia a los que no pudieran trabajar (Cfr. pp. 236-237).

Durante todo 1793 tuvo que defender ante el Club Jacobino a sus amigos Danton y Desmoulins (los mismos que posteriormente le traicionarían): el 4º número de *Le Vieux Cordelier* argumentaba que la revolución ya no estaba amenazada y las medidas de excepción debían finalizar, dando lugar al bando de los “indulgentes” que durante meses se enfrentó enconadamente con los “ultrarrevolucionarios” de Hebert hasta que Robespierre pudo librarse de ambos: “Mientras las dos facciones iban acumulando epítetos y denuncias mutuas, las pruebas parecían arrojar que ambas «facciones» tenían conexiones comprometedoras con el sórdido mundo de la especulación financiera”²⁷ (p. 283). El 24 de marzo de 1794 se guillotino a los hébertistas y el 5 de abril a los dantonistas. Todo ello sumado a motivos derivados de la guerra hicieron que Robespierre perdiera apoyos en la Convención, aunque fuera elegido presidente de ésta por unanimidad el 4 de Junio. Su desacertada decisión de protagonizar la fiesta del Ser Supremo (8 de junio) en la que medio millón de parisinos escucharon su único discurso dirigido a las masas consolidó los falsos rumores de tiranía y aspiración a la dictadura. El 23 y 24 de mayo había sufrido intentos de asesinato fallidos (Renault y Admirat): no paraba de recibir amenazas personales. McPhee subraya que esta situación le influenció determinadamente en su equivocada decisión de aprobar la ley del 22 de Pradial (10 de junio) que permitió la multiplicación de condenas del Tribunal Revolucionario (una tasa de absolución del 20% frente a la del 50% que prevaleció en 1793). Sencillamente “su buen juicio táctico lo abandonó” (p. 316), aunque nunca se dejó llevar por un fervor loco y sanguinario: volvió a defender a unos 70 diputados girondinos de la muerte. Su discurso el 8 de Termidor (26 de julio) afirmando que la crisis no había concluido y debían continuar las medidas de excepción exasperó a la Convención, además aludía sin nombrar a los responsables de los excesos de la represión jacobina. Al día siguiente fue detenido y hecho preso, para ser guillotinado un día después. Comenzaba el “Terror Blanco”: la *jeunesse dorée* y los *muscadins* tomaron las calles, arrestando y tomando venganza de los sans-culottes; mientras, el Directorio guillotina a la oposición y eliminaba el sistema de democracia social (el sufragio universal desaparecerá hasta 1848). La (contra)revolución triunfante, ahora sí, era burguesa. Quizás una poderosa imagen que sirve como metáfora de esta derrota sea la de ese invierno de 1795-1796 cuando el Sena se heló, y los lobos, poderosos, campaban por la capital devorando cadáveres de vagabundos.

Si bien McPhee ha esquivado metódicamente el tipo de razonamientos teleológicos o psicologistas que atraviesan los lugares comunes sobre Robespierre, reconoce que la tarea del biógrafo debe “lidiar con categorías psicológicas e inferencias” (p. 349) y en diversos lugares de la biografía ha coqueteado con ese psicologismo reduccionista que pretende deducir acciones políticas de un carácter previamente reconstruido a partir de anécdotas presuntamente significativas. Lo que no podemos dejar de destacar es su esfuerzo por comprender el período del Terror, las medidas de excepción permitieron (con la leva masiva de un millón de hombres) pasar, en catorce meses, de un país totalmente invadido a ganar la guerra y salvar la Revolución: “El período transcurrido desde el ingreso de Robespierre en el Comité se puede describir con más precisión como una época de medidas gubernamentales

²⁷ Matthiez no duda en calificar a Danton de “agente a sueldo” de la Corte (*op.cit.*, vol.II, p. 28).

rigurosas para ganar una guerra civil y otra exterior, en lugar de «el Terror», un calificativo que sólo empezó a utilizarse con posteridad” (p. 258). Contra los que han querido leer contradicciones entre el Robespierre de 1791 y el del período del Terror, cabe defender que no se trata de contradicciones, sino de “una lógica que constriñe los principios, los somete a lo real, los tuerce” (G. Labica, *op.cit.* p. 24). El Terror es “la apuesta intuitiva sobre la acción que conviene para llevar a buen puerto el bajel revolucionario y fundar la República” (F. Gauthier, *op.cit.*).

En efecto, para Maximilien el Terror y el gobierno revolucionario no eran sólo un instrumento provisional para salvar la revolución, tenían carácter de *fundadores* de la nueva sociedad. Su fin era fundar la república, el fin del gobierno constitucional era conservarla²⁸. Por eso las innumerables apelaciones a la virtud en este período: el par virtud-terror es el sustituto de una legalidad que no existe en un período revolucionario que, como cualquier revolución, *es ilegal*. Se trata de una violencia que no es arbitraria ni mucho menos, es la violencia del pueblo que porta la soberanía y por ello puede fundar un nuevo derecho (en fin, una legalidad naciente contra otra que se considera caducada). Este conflicto entre antigua legalidad y violencia fundadora se puede rastrear desde el origen de la Comuna de París tras la revolución del 10 de agosto y sus enfrentamientos con la Asamblea Legislativa (Matthiez). Debemos pensar en Robespierre como un hombre literalmente hecho por la Revolución que intenta pensarla en el mismo momento en que se produce. No podemos exigirle un pensamiento político desarrollado (por ejemplo, una teoría del Estado) a un político que murió con 36 años y que dedicaba casi la totalidad de sus horas a la deliberación pública y a la redacción del millar de discursos que ofreció. Sin embargo, el revolucionario francés no ha dejado de despertar juicios en el gremio filosófico. Efectivamente, adquiere *dignidad filosófica* porque a través de su política la filosofía deviene verdadera, pasa de las abstracciones a la práctica, donde ella misma se regenera y redefine sus conceptos (realiza una “política de la filosofía”, el mismo personaje que nunca dejó de identificar razón y revolución: “los progresos de la razón humana han preparado esta gran revolución” – 10 de mayo de 1793 –). Su teoría de la representación (sin identidad total, pero con mecanismos de control) le hace navegar entre las dos aguas de una representación desvinculada del *demos* y más atenta al interés privado comerciante que al interés general (girondinos) y una representación atada de pies y manos por algún tipo de mandato imperativo que impide la deliberación pública (*sans-culottes* y *enragés*).

Nos gustaría ocuparnos brevemente de lo que quizás sea la principal falla de la presente biografía: no ha sabido dar cuenta del pensamiento político de Robespierre de una manera seria, más bien se nos aparece éste como un ingenuo moralista (pp. 132, 178, 201) que cuando dice que “el pueblo siempre quiere el bien” parece creerlo *empíricamente*; “Robespierre había *cosificado* al «pueblo» hasta convertirlo en la expresión más pura del bien general” (p. 230). Más adelante parece sostener que Robespierre sustituye la organización institucional de la propiedad por un proyecto de regeneración moral (p. 239 y 302), o que bastaría desenmascarar a los falsos amigos para que el pueblo reconociera *por instinto* el bien general (p. 351). La simplificación salta a la vista. Respecto del problema de la vir-

²⁸ “Bajo un gobierno constitucional, basta casi con proteger las libertades individuales frente a los abusos del Estado; bajo un gobierno revolucionario, el Estado está obligado a defenderse de las facciones que lo atacan” (Robespierre, 5 de Nivoso)

tud y la voluntad general podemos decir que no se trataría, en ningún caso, de que Maximilien apostara por *un* modelo de felicidad y de moral que debiera imponerse dogmáticamente a la sociedad negando “la pluralidad *à la Rawls*”. Se trata de algo *anterior*, sencillamente de la condición que debe cumplirse para que esos modos de vida plurales puedan florecer sin destruirse unos a otros. Se trata, en fin, de la virtud política: “esta virtud que no es otra cosa que el amor a la patria y a sus leyes (...) no solamente la virtud es el alma de la democracia, sino que ella no puede existir más que dentro de este gobierno” (5 de febrero de 1794. McPhee parece entrever esto en la p. 215).

El problema de la voluntad general es complejo y de profundo calado filosófico. Sin embargo, McPhee, que estudió filosofía, parece reconducirlo a una estratagema política por la cual Robespierre se auto-asigna la capacidad del *iluminado* por la que puede distinguir, entre tal o cual caso empírico, qué es voluntad general y qué voluntad corrompida (p. 309 y 313). El asunto en cuestión es que la apelación a una voluntad general sólo cobra sentido cuando se presupone cierta *unidad* del cuerpo político, que es precisamente la que Robespierre designa con los conceptos de *nación* o *patria* y que opone al concepto de *facción* y de *desigualdad* (no hay unidad en el sentido que permita una deliberación pública en la que apelar a una voluntad general si existe, por ejemplo, dependencia civil que influya en esa deliberación). Ahora bien, sostener la distinción entre voluntad general y voluntad mayoritaria (que implica la distinción entre razón privada y razón pública) conduce, inexorablemente, al problema de qué instancia juzga qué casos son expresión de la voluntad general y cuáles no. El fondo del asunto reside en que aunque empíricamente sea casi imposible distinguir eso, el mero hecho de sostener la distinción compromete a aquel que la sostiene con un proyecto de diseño institucional que establezca las condiciones de la deliberación pública (instrucción pública obligatoria, universalización de la libertad republicana, etc.). Así, la afirmación “el pueblo siempre quiere el bien, pero no siempre lo ve” podría entenderse no como un intelectualismo moral (que tenga como corolario una casta de iluminados que sepa distinguir cuándo el pueblo expresa la voluntad general o cuándo está manipulado) sino como una manera de blindar la instancia que en último término debe ser atendida (el pueblo deliberando, que en ciertas sociedades no será sino el Parlamento, cuyas leyes son expresión de la voluntad general). En suma, “sería un error creer que la idealización que hace de las virtudes populares (...) es una marca de ingenuidad o de idealismo” (G. Labica, *op.cit.*, p. 34). Preconizar la importancia de la virtud política – y por aquí entran todas las consideraciones de la religión civil – es la manera de favorecer que cuando alguien deba elegir entre dos opciones y detecte una como “racional”, elija ésta (implica una predisposición pre-racional que no es fruto de una decisión racional previa)

La actualidad del pensamiento de Robespierre ha sido remarcada múltiples veces, y sin embargo el imaginario común sigue buceando por los perniciosos lugares comunes de la opinión ignorante²⁹. Que la biografía de McPhee nos sirva para recordar, pero con rigor, ese convulso período. Un recuerdo, que como dijera Soboul, “por sí solo, es revolucionario: todavía nos exalta”. Dejemos que finalice el mismo Robespierre, con un poema que leyó ante la Sociedad de los Rosati: “el único momento crucial del justo, en su última hora, y el único

²⁹ La patraña no conoce límites: Pedro J. Ramírez publicó un libro de 1300 páginas jugando con categorías sin ningún rigor académico para intentar mostrar a los jacobinos como totalitarios. En una entrevista en *El Mundo* los comparó con el 15-M.

del que entonces seré desgarrado, es ver, muriéndose, la pálida y sombría inquietud. Destilar en mi frente el oprobio y la infamia, de morir por el pueblo y de ser aborrecido por él.”

Julio MARTÍNEZ-CAVA AGUILAR

BERMÚDEZ, J.A. (ed.): *Michel Foucault, un pensador poliédrico*, Valencia, Universitat de València, 2012, 198 pp.

Durante los días 15 al 17 de noviembre de 2010 se celebró en el *Museu Valencià de la Il·lustració i la Modernitat* un congreso dedicado a Michel Foucault bajo el nombre de *Michel Foucault, un Pensador Polièdric*. El libro que nos disponemos a comentar recoge precisamente en un volumen la totalidad de las intervenciones que tuvieron lugar en ese encuentro organizado por Josep Antoni Bermúdez, quien se encarga también de la labor editorial y de aclarar los motivos del mismo en la introducción. No cabe duda de que uno de los pretextos principales está constituido por la actualidad de un pensamiento cuyo impulso se prolonga en la cantidad de trabajos que en el presente transitan por la academia y fuera de ella. Por otro lado, la centralidad de la Ilustración en el pensamiento de Foucault, no sólo justifica, sino que hace necesario, en opinión de Josep Antoni Bermúdez, un encuentro en un museo que tiene como objeto el siglo de las luces. Justificada la realización del congreso y la posterior publicación de lo dicho ahí, quizás haya que lamentar como uno de los puntos débiles de este volumen la amalgama de textos que acoge y que hacen justicia al nombre que lleva por título el libro: poliédrico. En lugar de una monografía sobre un tema concreto, encontramos toda la gama de posibilidades que abre la lectura de su obra. Ello nos permite por un lado tener una panorámica bien amplia de los temas que tocó o pueden ser tocados partiendo de sus libros, pero produce por momentos frustración al adentrarnos en una lectura que cambia de dominio continuamente haciendo difícil una inmersión en profundidad de alguno de los temas tratados.

A pesar de la variedad de temas y motivos que atraviesan este libro, puede sin embargo, trazarse unas líneas que demarcan tres grandes campos en los que agrupar los diferentes textos: por un lado, tendríamos textos que nos hablan del lugar de la filosofía de Foucault en *la historia de la filosofía* y su relación con los autores que lo precedieron; por otro lado, encontramos una serie de textos que toman la obra del pensador francés como *una caja de herramientas* para hacer uso de ella en otro lugar diferente al de su origen; finalmente, unos textos que reflexionan sobre la relación de la obra de Foucault con *la política y la crítica social*. El texto que nos presenta Manuel Jiménez Redondo con el nombre de *Parresia y diferencia ética: consideraciones sobre el último Foucault* formaría parte de ese primer grupo. Este texto consta de dos partes: la primera realiza una lectura del último curso en el *Collège de France* dedicado a la parresia, al coraje de la verdad. La segunda parte trata de realizar un análisis que pretende sacar a la luz a los filósofos que se encuentran detrás de Foucault. Entre ellos, el primero es Heidegger. Aunque dicha afirmación no es nueva ni novedosa, si resulta sorprendente la afirmación que hace Jiménez cuando defiende a capa y espada que la vuelta a los griegos en Foucault y su obsesión por rastrear la noción de “cuidado de sí” no es sino una trasunto a la francesa de *Ser y tiempo* de Heidegger. Leyendo el